

LA ÉTICA EN EL TRABAJO

Por Lácides Martínez Ávila

La ética supone algo más que el mero cumplimiento del deber a que nos obliga la moral. Cuando hablamos de ética, estamos refiriéndonos fundamentalmente a la voluntad de hacer bien las cosas por convicción o por principio, y no simplemente por cumplir una obligación o saldar alguna deuda.

En el plano laboral, esto es particularmente válido. El empleado o trabajador verdaderamente ético es aquel que no se limita a cumplir con los compromisos contemplados en su contrato de trabajo, o a realizar única y exclusivamente las actividades que le prescribe su manual de funciones, sino aquel que, además y sobre todo, le cobra interés y cariño a su trabajo. En una palabra, el empleado ético es el que ama lo que hace.

Para ello, es importante hallarle un sentido, un significado, al trabajo que se realiza; entender que cada una de las labores que se asignan en una empresa tienen, en el fondo, la finalidad de prestar un beneficio a la humanidad, más allá y por encima del interés económico que el negocio, como tal, revista para el empresario y hasta para el trabajador mismo. El hombre “debe ser capaz --dice Erich Fromm-- de amar y de convertir su trabajo en una actividad concreta y llena de significado, si no quiere caer en la enajenación y el robotismo”.

Además, cuando se realiza un trabajo con esmero, entrega y entusiasmo, se le encuentra en sí mismo el gusto, la gracia y el placer de ejecutarlo, sea cual fuere la clase o naturaleza del mismo.

La ética, pues, nos impulsa a actuar por amor, en tanto que la moral nos hace actuar por deber. Ambas, en todo caso, inducen al bien, y habrá, entre los trabajadores, unos que actúen por moral, y otros que actúen por ética, es decir, unos por deber, y otros por amor. Esta distinción entre ética y moral la ha explicado el pensador Francés André Comte-Sponville en los siguientes términos:

“Se entiende por moral --dijo-- todo aquello que se hace por deber, y se entiende por ética todo lo que se hace por deseo, por amor. Desde el punto de vista de la historia de la Filosofía, cuando uno no alcanza a ser spinocista, le queda la posibilidad de ser kantiano. Ahora bien, desde el punto de vista de las religiones, cuando no se alcanza a vivir a la altura del Nuevo Testamento, que es una ética del amor, le queda la posibilidad de respetar el Viejo Testamento, que es una moral de la ley. Una persona simple puede definir las cosas así: cuando no eres capaz de obrar por amor, actúa por deber”.

Lo anterior, aplicado al campo laboral, equivale a hacer caer en la cuenta al trabajador de que sus labores debe realizarlas, en todo caso, con responsabilidad y eficiencia, bien sea por amor o bien sea por deber. Pero lo ideal o preferible es que sea por lo primero, más que por lo segundo. ¿Estamos?